

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

SERGIO HERNANDEZ

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1981

¿Quién soy?

¿Quién soy?, propone me pregunte la Agrupación Amigos del Libro. Como si fuera tan fácil cumplir con la remota máxima socrática del cóncete a ti mismo. En todo caso, como a toda persona, a mí también me han ocurrido cosas y, nacido para la contemplación y el ocio, he tenido que trabajar, estudiar, leer, viajar, enseñar, escribir, sufrir, gozar y vivir; lo demás ya vendrá.

Nací en Chillán el 17 de marzo de 1931; séptimo hijo varón de la familia, tenía perfecto derecho a ser apadrinado por el Presidente de la República; pero la conocida inestabilidad política de ese tiempo y el carácter intimista, cristiano, fraternal y tierno de la mamá, no lo permitieron y ella prefirió amarrar, una vez más, sus vínculos con sus an-

tiguos compadres Montecinos Caro. Además, ¿qué sentido habría tenido todo eso?

Del papá no tengo idea, salvo por una fotografía que uno de mis hermanos mayores conserva de él. Allí se le ve severamente bondadoso, con corbata de humita, cuello redondo en las puntas, chaleco y bigotes enroscados en los extremos. Dicen que fue uno de los huasos mejor montados de la zona; diestro en el manejo de la rienda y triunfador en rodeos y eventos campesinos. Falleció cuando yo tenía seis meses. Una sola vez he soñado con él; venía por una calle desolada en una noche clara abrazando a dos de mis hermanos, y yo aparecía en una esquina e, inclinándose hacia mí, me preguntaba algo así como y “a ti, ¿cómo te ha ido?”, y yo me echaba a llorar inconsolable. Después, en una estación subterránea, tomó un tren al que yo traté de subirme incluso por las ventanas, pero no me fue posible. ¿Será por eso que siempre me gusta rondar las estaciones? Pero en la autobiografía de Jean Paul Sartre encontré algunas frases de consuelo; allí expresa el lúcido intelectual: “Si mi padre hubiese vivido, se habría echado encima de mí con todo su peso. Afortunadamente murió joven”.

La mamá, aunque dominante, era un terrón de azúcar y parecía tener el llanto al borde de las pestañas. Había quedado viuda muy tempranamente y responsable de nueve hijos, de los cuales el menor era yo.

Mi hermano mayor, siendo aún adolescente, heredó el cargo del papá, administrando las grandes haciendas próximas a Bulnes. Allí pasábamos nuestras vacaciones de verano y también en nuestro propio campo, cerca del pueblecito de San Ignacio. En el fundo "Los Varones", nos sorprendió el terremoto del 24 de enero de 1939. La casa estaba rodeada de galerías y resistió, pero la inmensa bodega en la que se guardaba el trigo, los aperos y que, en otras dependencias, servía de pesebrera, se desplomó sepultando en su interior cuanto contenía. Pasamos esa larga noche hacinados bajo unos árboles y en permanente inquietud por las reiteradas réplicas del siniestro. Se abrió la tierra y la luz del día empezó a mostrar la catástrofe en toda su dimensión. Junto a don Cheque, habían muerto unos terneros; las vacas llegaron por sus crías y, escarbando con sus patas los escombros, empezaron a emitir los más telúricos y desgarradores alaridos que recuerdo. Las noticias que em-

pezaron a llegar de Chillán y de otros puntos no podían ser más lamentables. Nuestra casa de la calle Sargento Aldea 128 había quedado parcialmente en pie, más tarde se demolió y se reconstruyó. Al fallecimiento de la mamá, la vendimos. Ahora paso casi todos los días frente a ella; en cierta oportunidad, en que iba con unos tragos de más, las persianas de las ventanas me hacían señas.

Antes de entrar a la escuela, todo es un tanto brumoso para mí, salvo ciertas escenas y paisajes que recuerdo con una impresionante nitidez: sembreras amarillas, ríos interminables y reverberantes en las horas de la siesta, atardeceres misteriosos, terrores nocturnos, personajes que me atormentaban, tal vez con la mejor intención, como doña Humberta, por ejemplo, matrona de aspecto viriloide que frecuentaba la casa y que amenazaba con llevarme consigo, ya que era ella quien me había traído al mundo. Mientras duraba su visita, yo temblaba de terror escondido en la carbonera, hasta que la empleada o uno de mis hermanos iba por mí a avisarme que me podía sentir fuera de peligro.

Recuerdo también a mi abuela materna, vestida de café, colgando su ropa y cantando su cante jondo que había traído de Málaga y el mundo

mágico compartido con Julito, mi vecino de enfrente; pero una tarde me dijeron que ya no era posible jugar más con él; porque Dios se lo había llevado y ahora era un ángel. Se me permitió incluso que viera partir la carroza blanca, pero mi reacción fue totalmente imprevisible y corrí hasta el fondo del patio a llorar sin posible consuelo.

Un día mi madre me fue a dejar a la escuela del barrio; el profesor me hizo hacer unos palotes y empezó otra etapa para mí. Era uno de los más chicos y frágiles, pero me empecé a imponer a los otros por mi decidida vocación al estudio. El Cabeza de Mundo siempre me andaba molestando; me decía “cuñado” y otras cosas hasta que, en una oportunidad, cerca de los baños, se produjo el inevitable enfrentamiento. Azuzado por los otros y no sé con qué fuerzas le saqué “nache” al famoso Cabeza de Mundo y santo remedio.

La segunda preparatoria la hice en una escuela rural; coincidió con el año del terremoto y la mamá me dejó junto a ella en el campo. Asistí muy poco y la profesora reunía en una sola sala al primero, al segundo y al tercero. A veces yo anotaba y cumplía con las tareas asignadas a los tres cursos. Por la tarde, regresaba a la casa en ancas de

la "Juanita", una yegua pequeña que compartíamos con mi hermano Osvaldo. Obtuve excelentes notas y desde la tercera preparatoria, volví a mi escuela N° 8 de Chillán, que funcionaba en un local de emergencia, mientras se construía la actual escuela México, a la que nos trasladamos mientras yo cursaba la quinta. Todavía me amenaza el agresivo rostro de Galvarino y sus muñones ensangrentados desde uno de los murales de Siqueiro. Por ese tiempo empezaron mis primeros escarceos literarios. El profesor nos informó de un curso cuyo tema era la vida de don Bernardo O'Higgins; la mayoría presentó sus trabajos en prosa, pero yo lo hice en cuartetos populares, cuya técnica ignoro de donde aprendí. El director se negó a creer en la originalidad del trabajo y amonestó al profesor. Fue necesario dar nuevas muestras, bajo control, para que se me otorgara el primer premio que consistió en el libro "Corazón", de Edmundo de Amicis, firmado por don Félix Aguilera y con hermosa portada de Coré. Eufórico, llegué a la casa a exhibir mi triunfo, pero no sé por qué circunstancia olvidé mi tesoro en las gradas que daban hacia el patio. Por la noche, nuestro perro corría hasta el fondo del sitio y

retornaba a mover en su hocico unos papeles. Nunca pensé que uno de los seres que yo más quería me estaba destrozando el "Corazón". En ocasiones entraba en una especie de comunión con este perro, a través del cual escuchaba los más sutiles rumores de la naturaleza. La mamá lo reprendió y yo no sabía qué hacer; reuní los despojos y me abracé a él, que estuvo como tres días muy confundido y triste debajo del catre de la "Pahuacha".

Ese año fue de suerte; se me eligió también el mejor compañero, y un día don Alfonso Lagos Villar, que después supe era director propietario del Diario "La Discusión", llegó hasta la escuela y, en un acto muy solemne y frente a todo el alumnado, me entregó un diploma, una libreta de ahorro y prendió en mi solapa una insignia circular dentada; en campo azul, corría una pareja de niños tomados de la mano.

Cursando la sexta preparatoria, unos jóvenes normalistas llegaron a revolucionar nuestras ingenuas mentes con la posible publicación de una revista. Se trataba de elegir dos delegados de entre las escuelas más representativas de la ciudad; uno de los de la México fui yo. En el comité, posteriormente formado, se me otorgó el pomposo nom-

bramiento de secretario de prensa y propaganda de "El Escolar Primario", lo que me dio la oportunidad de acercarme al diario y a las radios locales.

Siempre me sentí estimado por profesores y alumnos. En la casa, la cosa era distinta; era el menor de nueve y, aunque me mimaban bastante, no podía dejar de sentir la primacía de los mayores que ensayaban su futura paternidad en mi frágilísima arquitectura.

En 1944 ingresé al Liceo de Hombres de Chillán. Era tan emocionante pasar a los estudios secundarios, como triste abandonar la escuela. Pero éramos varios los de la México que habíamos pasado a ese establecimiento. ¿Iríamos a quedar en el mismo curso? Con algunos, por lo menos, sucedió. Delegado del primer año B.: el "Lauchita"; presidente de curso: el Laucha Hernández. Yo no me sentía con condiciones de líder, pero aceptaba exclusivamente por espontáneo afecto a mis compañeros. Cuando llegaba la temporada de exámenes, yo era el más dichoso, sólo debía presentarme a matemáticas, pero me agradaba mucho enseñarle a mis amigos y abandonarme después con ellos a los juegos y a las largas conversaciones

en la plaza de la Victoria o en otros puntos de la ciudad o los campos cercanos. Me emocionaban particularmente los atardeceres, los olores, los contactos, el Mes de María, los primeros bailes y convivencias.

El patio de nuestra casa lo tengo en la retina: un ciruelo, un aroma, dos o tres duraznos, un granado, dos cerezos, dos naranjos y dos nísperos plantados por mi mano. Efectivamente, un día llegó a visitarnos del campo la tía Edelmira, trayéndonos unos deliciosos nísperos.

—Comadre, dijo la mamá, estos están buenos para semilla. No hice más que oír aquello y enterrar unos cuescos cerca de una planta de bella hortensia. Ahora, cuando paso por la casa, suele haber un letrero que dice “Se venden nísperos”.

Mi madre era convencidamente creyente y mi hermana mayor, tanto o más. Nuestra parroquia era la de San Francisco y allí acudíamos todos los de casa. Yo hice la primera comunión a los nueve años. Me preparó y confesó el padre Manuel Jesús Muñoz, un sacerdote ya muy anciano, pero averiguando después, un poeta puro y bueno. Después de confesarme y, caminando por los corredores del convento, él observó un pedazo de vidrio

que refulgía después de la lluvia y expresó: “Hijo, ¿ve usted esos destellos que salen de ese vidrio? Así es la pureza de su alma; todo católico debe confesarse por lo menos una vez al año o antes si hay peligro de muerte; espero que cuando lo vuelva a confesar brille tanto su alma como ahora”. En las ceremonias religiosas casi caía en éxtasis al oír los coros o los acordes del órgano, y mi espíritu viajaba a lo inefable envuelto en los olores del incienso o de los nardos; pero, con la vida, vinieron los pecados o simplemente la vida y los fulgores se fueron apagando.

Cuando cursaba el primero o segundo año de humanidades, mi amigo Leonel me informó de un viaje que la Brigada de Boy Scouts del liceo haría a Río Bueno. La cuota era casi ridícula y las emociones muchas y variadas. Mi propio amigo me consiguió el uniforme y yo, con mi hermano Javier, el dinero y el permiso. Llegado el día, partí disfrazado de scout, dejando en casa la angustia de la mamá y la incontenible risa de mis hermanos. La verdad es que la situación no podía ser más absurda. Nadie supo ponerme la mochila que no sé por qué razón me iba tirando de unos pantalones que no eran ni largos ni cortos. Encima de ésta

hube de ponerme unas frazadas que me llavaban el sombrero hacia adelante. De los flancos del pantalón colgaban cuchillos, piolas y cantimploras. Como si esto fuera poco, había que llevar el báculo en determinada mano y saludar, en caso necesario, con la otra. Dificultosamente llegué a la casa de mi amigo; él algo me acomodó la carga y, una vez en el tren, todo se transformó en jolgorio y sanas alegrías. De regreso, se me propuso que entrara definitivamente a la brigada, pero la verdad es que parece que yo no tenía mucha vocación ni la mamá mucho dinero para solventar los gastos que ello implicaba. En todo caso, fue una hermosa experiencia; conocí compañeros de otros cursos, paisajes inolvidables, como el Lago Ranco y, por último, aparte del de "Lauchita", ahora me gané el apodo de "El bastón con ojos".

Cursando el quinto año de humanidades, dicté mis primeras clases de biología a los alumnos del cuarto año del liceo nocturno, pero, pasando al sexto, elegí el curso humanista y la balanza se empezó a inclinar definitivamente hacia el lado de las letras. Ese año fui secretario del centro de alumnos y presidí la Academia Literaria del Liceo. Por ese tiempo, llegó Augusto D'Halmar a Chillán.

El Almirante del “Buque fantasma” venía ya de vuelta de muchos viajes y embrujó al público con una charla que él tituló algo así como: “El Museo del Prado, el Museo del Louvre y el Museo del Vaticano”. Después de muchas reticencias, me atreví a abordarlo solicitándole una conferencia para nuestra academia, a lo que él accedió gustoso.

La revista “Rumbos” y “Liceos” recogieron parte de mi incipiente producción lírica de esos años y un ingenuo y breve ensayo ridículamente titulado: “Tres Luces para la Sombra” en que yo rendía mi adolescente homenaje a tres poetas de reciente desaparición: Gustavo Osorio, Oscar Castro y Vicente Huidobro. Ese mismo año falleció la mamá y para un Edipo como el que yo arrastraba, el impacto fue serio. No quise verla muerta a su regreso de Santiago, y me quedé con la ilusión del viaje, del beso en la mejilla dado en la estación de Chillán cuando ella partió a operarse. Todo cambió y con ella se fue una parte importante de mi existencia, etapa que tal vez mejor resuma mi poema “Acuario”, escrito hacia el 53, ya en el Pedagógico:

ACUARIO

Mi infancia es un acuario inaccesible
Un ebrio país de trompos y palomas
Al que es preciso llegar con traje blanco
En una mañana azul
De sol volcado

Yo no daría ya con los caminos
Pero recuerdo algunas cosas:
Bandas de circo
En tardes de novena,

Noches de riñas y cansancios
Dando conmigo en un desfondado sueño
Sin contorno.
Cuando pasaba el regimiento
Abandonaba mis juguetes rotos
Y era mi corazón
Todo mi cuerpo.

Después
Vino la bruma en espirales
Un día
Mi madre y los guijarros

Dieron un seco ruido de infinito,
El tiempo frente a mí empuñó las manos,
Soltó pájaros negros en mis ojos
Y un trozo de sol
Cayó de entre los labios.

Me afirmé en el afecto de mis compañeros de curso, pero en la casa me empecé a poner extraño y rebelde. Mis hermanos me ofrecieron su ayuda, pero no compartieron conmigo la idea de seguir pedagogía y, dado mi bachillerato en la Universidad de Concepción, me empujaron a la escuela de Leyes de esa misma Universidad. Soporté unas dos semanas de clases y un día no toleré más esta situación y sin esperar siquiera que terminara la hora de Derecho Constitucional, me salí con el firme propósito de trasladarme al Pedagógico de Santiago. Así lo hice; le escribí a mi hermano Oscar y partí a la Capital.

Santiago, en un comienzo, me pareció bastante menos de lo que yo había imaginado, pero poco a poco fui descubriendo sus múltiples estímulos. Como a Neruda, el destino me había llevado a mí también a instalarme en la calle Maruri, y recién ahí logré entender aquel título que, alguna vez,

había leído en “Crepusculario”, eso de “Los Crepúsculos de Maruri”. Al año siguiente, mi propio hermano Oscar (pintor) me consiguió una inspectoría en el Internado Nacional Barros Arana; riquísima experiencia de connotaciones tan cómicas como dramáticas. El compartir mis estudios con otras actividades me llevó a una inevitable baja en ellos a la cual yo no estaba acostumbrado. Se me agudizaron los insomnios, agotándoseme los nervios. Finalmente, fui a parar por primera vez al psiquiatra. En la revista del INBA publiqué un poema titulado “Estados de Vigilia”. Dos años estuve allí y, no obstante los naturales tropiezos conocí amigos excelentes y de importante trayectoria posterior. Alfonso Calderón, entre otros, también era “serrucho” del internado y más de alguna vez, compartimos sus buenos tragos en “El Frontón” o en los muchos boliches de la calle San Pablo.

Cuando me instalé en el pensionado universitario de la calle Compañía, volví a dedicar mi tiempo o gran parte de él, exclusivamente a los estudios y, ya casi al final de la vida universitaria, me di el lujo de vivir a todo cartel, en habitación individual en uno de los confortables pabellones que

el Pedagógico puso a disposición de sus alumnos de provincia.

No obstante mis complicados problemas interiores, magnificados muchas veces por mí mismo y algunas asignaturas que no eran justamente de mi agrado, la vida universitaria me pareció agradable y benéfica.

Aunque un poco reticente, desde el comienzo, a los grupos literarios, nos reuníamos en una especie de organismo que había fundado el centro de alumnos. Recuerdo algunos nombres: Oscar Estuardo, actual dramaturgo y hombre de teatro, Carlos Rebolledo y Guillermo Sucre, poetas venezolanos, la singular figura de Jorge Teiller, con el que publicamos un diario mural, y los de Jorge Guzmán Chávez, Antonio Avaria de la Fuente, Juan Loveluck; en forma ocasional se asomaba a nuestras clases de literatura la estilizada figura de Margarita Aguirre.

Un día Luis Bocaz corrió hacia mí enarbolando la revista "Claridad" y comunicándome, en forma entusiasta, la inesperada noticia que mi poema "Cuento" había obtenido el premio FECH 1954. Para un estudiante provinciano como yo, este galardón constituyó un excelente estímulo; además,

el jurado era dignísimo: Juvencio Valle, don Angel Cruchaga Santa María y un representante de la federación. Este hecho me permitió ir perdiendo también la timidez y conocer de cerca a algunos escritores que antes me habían parecido inaccesibles.

Al año siguiente, obtuve el primer premio en un concurso organizado con motivo de celebrarse la Semana de Castellano, siendo uno de los integrantes del jurado el que en mi primer año había sido el erudito profesor de Literatura General don Roque Esteban Scarpa. Siempre he recordado con gratitud a mis maestros entre los que destaco a don Antonio Doddis; al recordado crítico literario, que estimuló mi creación desde el comienzo, don Ricardo Latcham; a don Juan Uribe Echevarría; a doña Elena Martínez; al poeta, esteta, ensayista y ágil intelectual Luis Oyarzún; a don Roberto Munizaga Aguirre; a don Eugenio González Rojas; a doña Amanda Labarca; a doña Irma Salas y tantos otros.

Llegado el momento de elegir el tema de la memoria de título, no tuve ninguna duda en realizarla en un poeta cuyo libro "Poemas y Antipoemas" me había impactado seriamente. Con este

motivo, hube de contactarme con el autor, Nicanor Parra, quien resultó ser el profesor de física y mecánica racional que laboraba en el mismo pedagógico. Una sólida amistad me unió, desde entonces, a este singularísimo renovador de nuestra lírica. Además, era huaso chillanejo como yo y su carácter y manera de ser me resultaron familiares desde el comienzo. A veces llegaba hasta su casa de la Reina ese temporal de talento y tradición que era su hermana Violeta.

Mi primer nombramiento, obtenido casi un año antes de conseguir el título, fue a mi ex Liceo de Hombres de Chillán. Muchos de mis antiguos profesores aún trabajaban allí y para ellos, este "niño" que volvía a su ciudad y a su colegio, era casi un regalo. Reencontré paisajes, gentes, lugares. A través de los alumnos a quienes enseñaba recuperé mi infancia y mi adolescencia, fui casi feliz. La falta de un posible ambiente intelectual la suplí refugiándome en la amistad con Ximena, con Mercedes, con Mireya, con Hilda, viajando a Concepción, visitando al poeta Gonzalo Rojas, departiendo con don Daniel Belmar.

Una mañana alguien golpeó a mi puerta y me entregó un ejemplar de "El Mercurio". El Insti-

tuto de Cultura Hispánica me había otorgado una de sus becas y un día de septiembre partí de Cerrillos rumbo a Buenos Aires y desde allí, en barco, hasta Vigo, pasando por Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Las Islas Canarias y Lisboa.

A España me la sabía por libros y la emoción de llegar a este país fue para mí muy grande. Con otros amigos chilenos, desde Vigo, partimos por dos días a Santiago de Compostela, antes de enfilarse definitivamente hacia Madrid. Un año, con sus doce meses, estuve allí. Hice algunos cursos en la Universidad Central y otros en el propio Instituto de Cultura Hispánica que nos organizaba frecuentes excursiones hacia otros puntos: Toledo, El Escorial, Avila, Córdoba, Granada, Sevilla. En vacaciones de invierno viajamos a Francia. En una oportunidad, siendo aún adolescente, había escuchado por radio una biografía de Rubén Darío y allí me informé de la obsesión que había experimentado este poeta por conocer París, obsesión que hice mía desde entonces. Partimos muy de mañana en un autobús desde Madrid; almorzamos en Burgos. Como se sabe, cada ciudad, cada lugar de España está cargado de historia, tradición y, por supuesto, de catedrales e iglesias milenarias

que íbamos conociendo a nuestro paso. La tumba del Cid no es de las más espectaculares y está confundida con el piso de la inmensa catedral que pareciera, eso sí, estar como en función de ella. Por la noche, ya estábamos en San Sebastián, donde alojamos para cruzar la frontera a Francia al siguiente día. Las campiñas francesas se veían muy fértiles en comparación al austero paisaje de gran parte de España y los ríos, majestuosos y claros. Varias ciudades fuimos conociendo: Lourdes, Angouleme, Limoges, Tours, Burdeos; pero de pronto una claridad se vislumbró en el cielo. Nos metimos en un largo túnel y, ya de noche, desembocamos en el anhelado destino. Instalados en el boulevard de los pequeños hoteles, insté a tres compañeros de ruta a lanzarnos esa misma noche sobre París. El metro nos llevó a asombrosa velocidad a Place Pigalle y nos confundimos allí en el embrujador tráfico de la urbe. Las boites se sucedían unas a otras y, midiendo los pocos francos, decidimos entrar a una. Desde París fuimos a Versalles y Fontainebleau y, en la ciudad misma, conocimos el famoso museo del Louvre, los barrios de Montparnasse, Saint Germain des Pres y otros lugares. Cuando entramos de nuevo a tierra espa-

ñola, fue como regresar un poco a nuestro Chile.

Gratísima fue nuestra permanencia en el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe, ubicado frente a un bello parque dentro de la ciudad Universitaria, próximo ya a la casa de campo, pero muy cerca también del centro mismo de la ciudad. Bastaba llegar a la Moncloa, en el barrio de Argüelles, para estar en la plaza España, donde moría la calle de la Princesa para dar paso a la famosa gran vía.

A mí siempre me gustaba ir por la tarde a la plaza mayor que ofrecía un aspecto muy provinciano, frecuentar Las Cuevas de Luis Candela o el Mesón del Segoviano o por último internarme simplemente por las calles del Madrid Viejo tan llenas de tradición y de misterio. Un día descubrí que en la calle Cervantes, por irónica paradoja, había vivido Lope de Vega. Allí estaba todavía su casa, que era el fiel trasunto de su abigarrada personalidad: junto a sus múltiples manuscritos, en letra gótica, se conservaba el hábito con que había dicho misa y en una habitación contigua se respiraba un ambiente como de harem: era el sitio donde el "Monstruo de la Naturaleza" acostumbraba a recibir a sus muchas mujeres.

En el museo del Prado nos dieron clases de historia del arte y, por lo mismo, hubimos de concurrir a él muchas veces. Las Meninas me parecieron bien, pero más impresión causaron en mí los cuadros de Gerónimo, de Goya y la conocida "Anunciación" de Fray Angélico. En mis dos o tres viajes a Toledo no me cansaba de admirar la maestría de "El Entierro del Conde de Orgaz", del Greco, conservado como inapreciable reliquia en la iglesia de Santo Tomé.

Mi profesora de fonética era doña Concepción Casado y, aun cuando esa asignatura nunca ha sido santa de mi devoción, simpatiqué bastante con esta erudita maestra que, un día, me invitó a grabar mis poemas al "Instituto Superior de Investigaciones Científicas". Don Dámaso Alonso, me dijo, tiene mucho interés en conocerlo. El laboratorio de idioma allí montado era bastante impresionante por sus precisos y sofisticados instrumentos. Grabados los poemas, los escuchó el actual director de La Real Academia y, después de felicitarme, tal vez por compromiso, seguimos conversando, pero él siempre muy atento a cuanto yo decía. Después me informé que el verdadero interés del célebre investigador era percatarse de

cómo pronunciaba yo, como chileno, ciertos fonemas, ya que él estaba preparando un estudio acerca del castellano en América.

Breve, pero muy grato, fue mi encuentro con el poeta Vicente Aleixandre en su propia residencia de la calle Velingtonia.

Los domingos iba a los toros; me apasionó este espectáculo; vi a los mejores toreros de ese tiempo, menos a Luis Miguel Dominguín que una tarde se hizo anunciar en los carteles y no apareció, siendo reemplazado. El que se llevó las palmas en esa oportunidad fue un hombre que, por su edad, ya no podía torear, pero, por tratarse de un beneficio para reunir dineros para los damnificados de Valencia, fue autorizado para hacerlo; se trataba de don Domingo Ortega, quien hizo una faena inolvidable; parecía dominar a la temible bestia sólo con la mirada, en ocasiones, con gran familiaridad y afirmándose en el monstruo saludaba al público enardecido de entusiasmo. Se llevó las dos orejas y el rabo y, al término de la jornada, el redondel quedó cubierto de flores, chaquetas, cojines y cuanto la euforia popular quiso lanzar en homenaje al maestro. Esa misma tarde Antonio Bienvenida, después de lucida faena, fue cogido por

el toro; pero se hizo el muerto y esperó que éste, después de o'fatearlo, se retirara para luego levantarse y, aunque cojeando, procedió de una sola estocada a darle muerte.

Un domingo se dio un toro intuitivo y pacifista; se le abrió la portezuela y con resignada tranquilidad llegó hasta el centro mismo del redondel. No hubo forma de estimularlo; varios toreros lo azuzaban con sus paños rojos, pero él permanecía impassible. Finalmente, se lo llevaron hacia las dependencias interiores rodeado de unos bueyes que vinieron en su busca.

Juan Ramón Jiménez había fallecido ese año en Puerto Rico; España decidió repatriar los restos del poeta y también los de su esposa. Tuvimos el privilegio de asistir al aeropuerto de Barajas a esperar los admirados despojos. Pero ahí estaban sólo las autoridades, los escritores y los pasajeros de rutina. Regresamos un tanto tristes al Guadalupe y, ya anocheciendo, recuerdo haber salido a dar un paseo por la Puerta del Sol, bullente y gratisimo centro de Madrid. Verdaderas hordas humanas se apostaban en las calles e ingenuamente pensé que era el pueblo el que iría a rendir honores al poeta que tan merecida fama había dado a

España; pero nada de eso, era otro acontecimiento el que allí se celebraba, era al Real Madrid a quien aguardaba la gente; ese día regresaba triunfante; había ganado la codiciada "Copa Europa".

Alguien me presentó un día a José Hierro quien dirigía el famoso "Ateneo" de Madrid y, a poco de conocernos, me invitó a que ofreciera un recital en dicha agrupación. La verdad es que yo aún no había publicado mi primer libro y lo encontraba como demasiado. En presencia de nuestro Embajador, de muchos chilenos y público variado, me lancé a la aventura, saliendo bastante bien del paso. Cuando llegaron las vacaciones de verano, llegó también el término de mi beca, pero yo la había prorrogado por tres meses más. El Guadalupe se cerraría, por lo menos un mes y además ya no tenía derecho legal a estar en él. Con otros chilenos arrendamos una pieza larga en el barrio de Argüelles y, aunque escaso de dinero, fueron tal vez mis días más felices de Madrid, más libres, más plenos. A veces comía en los restaurantes para obreros o en lugares baratos del barrio de Atocha o de Lavapiés.

Poco antes de volver a Chile, viajeé a Segovia donde mi mayor satisfacción y sorpresa fue encon-

trar en un altar los restos de uno de mis poetas más admirados: el féretro de San Juan de la Cruz. Hechos los trámites de regreso, abandoné Madrid con pena, con nostalgia, como presintiendo que el año vivido allí sería irrepetible. Estuve tres días en Barcelona antes de embarcarme, hasta que el Cabo San Roque levó anclas pasando por Cádiz y casi los mismos puertos del Atlántico que había conocido en mi primer viaje.

Mi proyecto era estar en Buenos Aires algunos días antes de retornar definitivamente a Chile, pero el anhelo del regreso a los lugares queridos no me permitió estar más de tres o cuatro. Yo tenía un encargo de mi amigo el pintor Gastón Orellana para José Donoso; lo llamé por teléfono y quedamos de encontrarnos en la torre de los Ingleses. Donoso tuvo la gentileza de invitarme a almorzar a su casa. Por ese tiempo, él estaba y con justicia deslumbrado por Jorge Luis Borges, de quien en Chile casi no se hablaba.

A Chillán llegué casi al término del año escolar y ya con un contrato para la Universidad Austral de reciente fundación. El suceso, sin duda, más importante de este corto período chillanejo fue la llegada a la ciudad de Pablo Neruda. Había

sido invitado por los alumnos del liceo y sus dirigentes me solicitaron fuera yo quien lo presentara en el teatro Máfor. Dos o tres días estuvo con nosotros el vate y exigió mi compañía durante toda su permanencia. Supo que había llegado hacía poco de España y me sometió a un verdadero interrogatorio.

—Tienes que renunciar a tus clases y dedicarte por entero a tu poesía y escribir siempre como si fueran tus deberes cotidianos, fue el consejo.

—Debes, sacarte ese adoquín pedagógico de encima. Posteriormente conté a Nicanor Parra lo sucedido y éste, con su acostumbrada picardía, me respondió: —Yo habría renunciado, hombre, pero al día siguiente me habría presentado en la casa de Neruda diciéndole: renuncié, aquí estoy. En todo caso, no me defraudó en absoluto conocer a este ídolo personalmente, todo lo contrario, comprobé también su grandeza humana, su falta de solemnidad en el trato, su sentido del humor, su inagotable anecdotario. Me dejó su dirección en Santiago e Isla Negra y después pude atestiguar que, no obstante, sus muchas preocupaciones, sus viajes, su importancia, Neruda no olvidaba a quienes, por lo menos, pretendían seguir el cultivo de

la lírica. Yo lo había divisado antes, y le había escuchado con verdadera devoción un recital que él había ofrecido en el Instituto Pedagógico. Asistí a la ceremonia con que entregaba a la Universidad de Chile su colección de caracolas e, incluso, en esa misma oportunidad había estado en su casa de los Guindos, pero nunca me había atrevido a enfrentarlo o a compartir con él.

A Valdivia fui a enseñar Literatura Chilena y Española C'ásica. El ambiente académico no podía ser más grato. Los profesores de la Facultad de Letras habíamos sido, en su mayoría, compañeros incluso de curso en el Instituto Pedagógico y el Decano, nuestro ex profesor de estética, el recordado catedrático don Fleazar Huerta. A mi permanencia en Valdivia debo también el conocimiento del infatigable poeta y ensayista Hugo Montes. Todo era muy familiar y muy agradable en esas aulas, pero en Mayo del 60 todos sabemos lo que ocurrió. La naturaleza simplemente perdió los estribos y, por segunda vez, me tocó asistir a uno de los más espectaculares cataclismos de que se tenga noticia. El mar se metió por el Calle-Calle, embuiendo casas, muertos, árboles, hundiendo barcos; se paseó por los cerros de Niebla, Corral, y

otros lugares. Un cerro entero decidió cambiar de ubicación y tapó el desagüe del lago Riñihue; cuando este se descolgó, muchas cosas que el mar había arrastrado hacia la cordillera fueron de nuevo llevadas hacia la costa con las crecidas aguas ¿Se podrá creer en la lógica?

El año anterior, vale decir en 1959, decidí publicar mi primer libro *Cantos de Pan* en la imprenta librería Bello de Santiago. Al cuidado de la edición quedó mi coterráneo y amigo Pedro Lastra. Desgraciadamente salieron tres poemas empastelados, pero, a pesar de eso, la crítica me fue muy favorab'le. Yo no le tenía mucho miedo a lo que pudieran decir, porque de una u otra manera había sondeado a personas cuyo juicio me daba plena confianza. Ya en 1954, siendo aún alumno universitario, Alone me había enviado una carta consagratoria después de haber visto sólo diez de mis poemas que el profesor Mario Leyton, por propia iniciativa, le había hecho llegar. Tal vez el propio crítico ignore el oportuno estímulo que eso significó para mí.

Las réplicas del terremoto del 60 siguieron todo el año; las lluvias caían caudalosas sobre una tierra trepidante; mis nervios no daban más y de-

cidí recuperar el centro del país como fuera. Me presenté a unos cursos que se ofrecían en Valparaíso. Hice clases en el Liceo 2 y 3 del Puerto. Volví a mi "Acuario"; era feliz enseñándole a los pequeños y gozando de las muchas e inolvidables emociones que el plan, los cerros y Viña me ofrecían. Para una larga huelga del Magisterio apareció Neruda. Me reconoció al instante; —Tienes que irte a almorzar con nosotros, tienes que conocer la Sebastiana. Nosotros con Matilde estábamos preocupados, creíamos que te habías muerto en los terremotos del sur.

Con Sarita Vial, Armando Solari, Patricia Tejada y otros, formamos el grupo "La Bota". Cuando Neruda llegaba a Valparaíso, Sarita citaba al restaurante alemán. Allí nos reuníamos en torno al patriarca que escanciaba, solemne, la cerveza desde una hermosa bota traída de Alemania. Al club se entraba con una especie de ritual; el iniciado debía taparse los ojos con un pañuelo y dibujar un chancho. Andar con el poeta siempre era una fiesta y se conocía a gente interesante como Alejo Carpentier o don Gonzalo Losada, quien una noche llegó con un ejemplar de los *Veinte poemas de amor*; se trataba de una edición especial

que él había hecho para celebrar el millón de ejemplares vendidos de este libro. Ya no recuerdo si fue en esa misma ocasión que se acercó un marino, bastante bebido, con una servilleta en la mano, quien, con voz estropajosa, pedía a Neruda un autógrafo: oiga, don Pablo, deme su firma porque en mi casa yo tengo los veinte poetas desesperados y una canción de amor. El celebraba regocijado estas cosas. En Agua Santa y en casa del escultor Raúl Marín, hicimos una comida de difícil olvido; un grupo de pascuenses cantó y bailó para nosotros. Allí estaban también el cineasta Jouris Ivens, su esposa y el equipo que filmaba un interesante corto sobre Valparaíso.

En el puerto dejé magníficas amistades, casas a las que todavía llego como si fueran la mía; la de los Quevedo, por ejemplo.

Ya no recuerdo quién me entusiasmó a que ingresara a los centros universitarios regionales; se fundaría uno en Antofagasta. Recuperar la Universidad, tener un horario más aliviado y un sueldo mejor no estaba mal y hacia Antofagasta encaminé mis pasos; en micro, por supuesto, porque el avión no es un medio de transporte de mi preferencia. Treinta y seis horas demoraba en ese tiempo

la Andes Mar Bus. El desierto me sobrecogió y Antofagasta me pareció un milagro en medio de tanto páramo y de tanta desolada infinitud. De nombre ubicaba a Mario Bahamonde y al generoso poeta Andrés Sabella, además yo sabía que varios amigos de excelente calidad humana, conocidos en el Pedagógico, se encontraban allí. Era el caso del "Pirulo" y de "Manzanita" entre otros.

A poco de instalarme en la ciudad, un día vi en la calle al mismísimo Pedro de la Barra. El había llegado a fundar su teatro acompañado de su escenógrafo Mario Tardito y de su maquillador Carlos Núñez. Era natural que nuestra Universidad acogiera al maestro. Esta gente de teatro constituyó para mí un verdadero baluarte de amistad, comprensión y compañía. Con el "maestríto" almorzábamos y comíamos en el "Centro Español", escapándonos también al "Tatio", donde "Don Lucho" o a otros lugares. Muchas cosas nos unían, entre ellas, el temor a los vuelos aéreos. Por ese tiempo, radio Minería inauguró su emisora en Antofagasta y, on tal motivo, llegaron hasta la ciudad Alfredo Lieux y Juan Tejeda, quienes se asimilaron inmediatamente a nuestro grupo. Una grata amistad me unió también al comentarista literario

de "El Mercurio" y profesor de francés don Alfredo Aranda y al pintoresco bailarín Janos Bahora, al pintor Osvaldo Silva Castellón, a los profesores Andrés Sotomayor y Sergio Correa. Nos so'íamos reunir en torno a la librería Nortelibros de Chamúdez y Ahumada o en algún punto de la animada vida nocturna del cálido puerto nortino.

Mario Bahamonde, desde su cargo de Extensión, organizaba concursos literarios y visitas a otros puntos de su desolado Norte. Un día nos embarcó a todos para Arica y allí estuvimos, magníficamente atendidos, departiendo con la figura singular de Nana Gutiérrez o reencontrando al poeta Oscar Han. Hasta María Elena llegué a ofrecer una charla. Recorrí también los pequeños puebl'os precordilleranos: Toconao, Toconce, Zocaire, San Pedro de Atacama.

A Antofagasta llegaba gente interesante: actores, músicos, pintores, poetas y escritores y yo siempre tenía oportunidad de compartir con ellos: los Duvauchelle, Pacheco Altamirano, Juvencio Valle, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Manuel Rojas, Enrique Lafourcade, Pablo Neruda, Salvador Reyes y muchos más.

En 1966 dos cartas tiraron simultáneamente las

cuerdas de mi destino; una venía de EE. UU. y en ella se me proponía un contrato de trabajo en un College que dependía de la Universidad de Notre Dame, en South Bend, estado de Indiana y otra de mi Chillán, que recién echaba a andar su Sede Universitaria. No lo pensé dos veces y retorné a mi tierra, donde aún estoy enseñando Literatura. En el vastísimo campo de esta disciplina he debido enseñar: Literatura General, Medieval y Clásica Española, Chilena e Hispanoamericana, lo que me priva informar acerca de mis lecturas que, por oficio, han tenido que ser variadas y relativamente abundantes. He sido un intelectual a pesar mío; esto lo digo, porque frente a cualquier frío intelectualismo, siempre he preferido la vivencia, el contacto con la gente y la naturaleza, la relación con la vida.

Hacia fines del 67 y comienzos del 68, la muerte quiso llevarme, pero la solidaridad chillaneja le dijo que no y la parca tuvo que retirarse con la cola entre las piernas. Gratitud para mi hermano Baltazar (pintor) y su señora que me asistieron muy de cerca en esta emergencia; para los doctores: Isidro Tohá, Héctor Garay, Marcos Levancini y Rogelio de la Fuente; para el químico Mario

Arenas; para don Enrique Salinas, quien abrió farmacias en horas inesperadas; para el sacerdote José Luis Ysern que trató de salvarme el alma dándome la extremaunción; para el leal amigo Edgar Perramón, a quienes debo mi segunda "residencia en la tierra".

En 1968 la Municipalidad de Chillán me otorgó el premio Municipal de Arte y Extensión.

En 1971 residí en Santiago, gracias a una invitación del Instituto de Literatura Chilena y a las facilidades que me otorgó la Sede Ñuble para realizar algunos cursos de perfeccionamiento; pero, en verdad, lo que más me interesaba era recuperar mi resentida salud psíquica. Con tal objeto intenté un tercer tratamiento psiquiátrico, esta vez empleando el método de la terapia de grupo, que me aclaró mucho de mi propio panorama y mucho también del de los otros.

Testimonio de mi problemática tal vez sea este poema que aquí inserto:

DOCUMENTO PSIQUIATRICO

Lloro por los días que perdí
y que pasaron esquinando mi vida,

lloro por los días en que no anduve como otros
con las bellas muchachas
en las cá'idas tardes de verano;
lloro por el posible daño que pude ocasionar
a los que más quise,
lloro por mis sublimes,
por mis involuntarios
y urgentes y perentorios crímenes;
lloro por el absurdo que ha significado toda mi
[ternura
lanzada a los cuatro puntos cardinales
y que no tuvo eco
y que se estrelló con el odio
y la mezquindad
y la ciega roca de las pobres gentes
a quienes sin embargo amo y perdono
lloro justamente por mi inconfortable ternura
celeste anzuelo
con el que también he recogido hermosas perlas
adheridas al fondo del fango
y del abismo.

He tenido algunas experiencias con drogas, pero bajo estricta vigilancia médica. Estas me han llevado, desde lo ligeramente demoníaco a lo te-

lúricamente paradisiaco, cayendo en inefables y cósmicos estados místicos, que ni yo mismo sospechaba pudieran dormir en mi psiquis. Para el efecto, véase mi poema "Vuelo" que es una apertura, un encuentro y un escape.

Ese año me instalé en casa de Juan Tejeda, original y excelente amigo, quien hoy ya no está con nosotros; recuperé a Ester Matte y el ambiente cálido de los compañeros de oficio de la sociedad de escritores. Conocí y conversé personalmente con Ernesto Cardenal. Hacia fines del 71, obtuve uno de los premios "Luis Tello" en un concurso convocado por la Sociedad de Escritores de Valparaíso con mi libro, todavía inédito, *Ultimas Señales*. Pero me había olvidado hablar de mi segundo libro, titulado "Registro" y publicado en 1965 estando aún en Antofagasta. Habiendo llevado los originales a don Carlos Nascimento, padre, éste los aprobó, pero me puso por condición un prólogo de Neruda. Me propuse plantearle una sola vez este asunto al poeta y él no se hizo repetir una petición que yo tampoco habría repetido, respondiendo con hermosas y consagratorias palabras. La crítica acogió con entusiasmo este libro y sería largo

enumerar los muchos juicios críticos que sobre él se emitieron.

He aparecido en algunas antologías y hasta en dos o tres textos de lectura. He visto diez poemas míos traducidos al alemán por el poeta y dramaturgo Rolf Wennekes de la Universidad de Bonn. He colaborado en las revistas literarias: "Orfeo", "Arúspide", "Tebaida", "Trilce", "L y L", "Portal", "Atenea". A esta última publicación fui invitado a colaborar por gentil y estimulante invitación de su director, el hábil periodista Tito Castillo, a quien agradezco desde estas líneas. He asistido a encuentros literarios en Arica, Santiago, San Fernando, Linares, Chillán, Concepción y Valdivia.

Con mis compañeros de generación he compartido relativamente poco, dados mis prolongados años de residencia en provincia, pero me une una vieja amistad a Jorge Teiller y a Rolando Cárdenas. Con Enrique Lihn, Efraín Barquero, Delia Domínguez, Isabel Velasco, Alberto Rubio, Armando Uribe, Pablo Guíñez, Marina Latorre o Sonia Quintana hemos establecido excelentes relaciones las pocas veces que las circunstancias nos han reunido. De los inmediatamente posteriores a quie-

nes he sentido más próximos a mí son: Omar Lara, Jaime Quezada, Floridor Pérez, Waldo Rojas, Enrique Valdés y Federico Schop. A los novísimos no tengo el gusto de conocerlos, salvo a algunos, pero les deseo toda suerte de parabienes y, aunque a mí no me gusta que me den consejos, les recomiendo que no sean egoístas, falsos, envidiosos ni peleadores, porque, como decía Neruda, la familia de la poesía es muy corta.

No podría cerrar estas palabras sin incluir siquiera una vez el nombre de Gabriela Mistral. La admiré desde siempre tanto como persona como en su expresión literaria. La divisé a distancia y sólo dos veces: una, cuando yo tenía sólo siete años y desfilé frente a ella que estaba muy de boina saludando desde uno de los palcos de la Intendencia de Chillán y cuando nuestra Universidad la homenajeó en su último viaje y ella mostró toda su tierna y socarrona ironía que tantos no quisieron entender. A veces pienso que si hubiese seguido viva, mis adivinanzas para niños no se mantendrían aún inéditas.

Anticonvencional y antiburgués, hipocondríaco y psicossomático, admiro la terrible imaginería de Kafka, la lucidez despiadada de Sartre, el desen-

canto tierno e inteligente de Albert Camus; el inesperado auge de la narrativa actual; gran parte de la buena poesía y del buen teatro de todos los tiempos.

He defendido mi acompañada soledad y mi irreductible soltería “como gato de espaldas”. Por último, mi verdadero “quién soy yo” está en mi obra poética, trasunto testimonio de mi intransferible manera de ser. No me gustan las vidas programadas, prehechas, pero las respeto, como me gustaría todos respetaran la mía. Me conmueve el mundo resignado de los humildes y con las gentes modestas suelo tener un trato directo y cordial. Después de todo y como digo en uno de mis últimos poemas: yo soy como las plantas o los árboles.

YO SOY COMO LAS PLANTAS

Yo soy como las plantas o los árboles
que nunca han sabido quiénes son
y echan flores o espinas
o atrapan insectos
ellos están ahí simplemente
como yo en mi tierra
y no les interesa ser astronautas

ni andar apretujados en los metros
o en los autobuses de las grandes urbes
por las noches
albergan a los pájaros
o contemplan humildes el universo
recibiendo amorosamente el rocío de la madrugada
cuando mueren
regresan al vientre materno
para nacer de nuevo
en cualquier forma
es bueno ser planta o árbol
porque de ellos será el reino de los cielos

Mis libros *Cantos de Pan*, *Registro* y *Ultimas señales* recogen casi sólo la parte dramática y angustiosa de mi existencia: cuando estoy alegre no escribo. La poesía ha sido para mí una catarsis y una liberación; como lo es también mi afición a la pintura y la música.

Ultimas señales recoge, pues, una agonía física y psíquica de la cual creo estar en recuperación. Mis *Adivinanzas* (inédito), son una manera de recobrar mi infancia jugando con los niños. Después de *Ultimas señales* no pensaba escribir nunca más un verso. La hostilidad del mundo, la violen-

cia, la mediocrización en todos los aspectos me habían golpeado duramente. Los falsos poetas entronizados, a veces, en gloria y majestad ostentando nombradías y famas que jamás podrían merecer, la indiferencia editorial y tantas cosas, me habían hecho tomar esta actitud; pero mi libro para niños me surgió de repente y ellos, los niños, los poetas de siempre, son ahora mi público, mi consuelo y mi esperanza, sin por eso dejar de compartir y hacer míos los desencantados, pero certeros y hermosos versos de Sergei Esenin:

“No grito, no lloro, no me quejo
todo se irá como el humo blanco de los manzanos
sólo sé que al final me quedaré solo
con mi gorra de vagabundo echada al ojo
y un silbido desconfiado entre los labios”.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez



COEDICION
ZAMORANO Y CAPERAN
LIBRERIA Y EDITORIAL
EDITORIAL NASCIMENTO